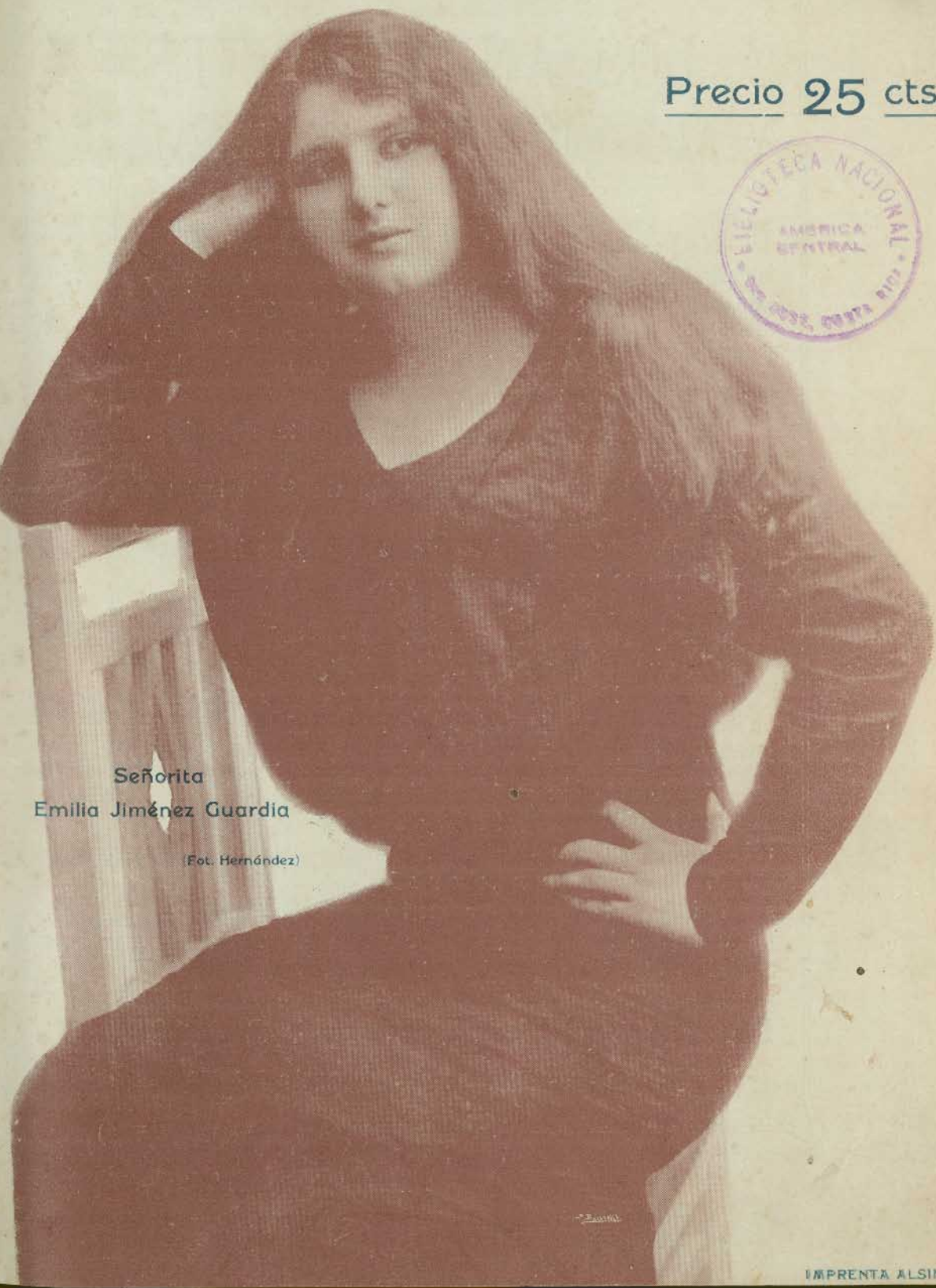


PANDEMONIUM

Precio 25 cts.



Señorita
Emilia Jiménez Guardia

(Fot. Hernández)

A LOS ANUNCIANTES Y AL COMERCIO EN GENERAL

No hay duda que en los tiempos de ahora, de rudas luchas y competencias comerciales, si éstas no van acompañadas del anuncio, el resultado ha de ser negativo.

Las más grandes fortunas hechas en el comercio han sido con intervención del anuncio, como lo prueban las siguientes declaraciones:

«Mi gran fortuna la debo a los frecuentes anuncios». —BORNER.

«El camino de la riqueza pasa a través de la letra de imprenta». —BARNUM.

«Los anuncios repetidos y continuados me han dado la fortuna que poseo». —STEWART.

«Hijo mío: haz tus negocios con los anunciantes; tú no perderás nunca». —FRANKLIN.

«El que no anuncia fracasa». —VANDERVILTH.

«Cuando he tratado de economizar en los anuncios, en doble proporción han mermado los beneficios». —HOLLOWAY.

Y todos sin excepción convienen en que:

El anuncio más artístico y atrayente es el que da más fama y mejor recompensa.

La Empresa PANDEMÓNÍUM ha contratado un personal idóneo para atender exclusivamente la sección «Anuncios» a la que ha de dedicar toda su atención.

Consúltense precios y condiciones en el

PASAJE JIMENEZ Nos. 8 y 10

Teléfono N^o 570

Apartado N^o 412

***** A NUESTROS LECTORES *****

Propender a un mayor perfeccionamiento en todas las órdenes de la vida, ya intelectual o simplemente económico, apreciándola en todos sus aspectos; recoger hasta en sus más nimios detalles las palpitaciones de la sociedad en que nos desenvolvemos, para escuetamente darlas al público, es la misión que compete a toda publicación de este linaje.

PANDEMÓNIUM desde su aparición ha registrado en sus columnas, producciones de autores nacionales, de orden distinto, desde el cuento hijo de una fantasía literaria, hasta los trabajos más serios, inspirados en las ciencias o las artes.

A todos sin excepción ni distinción de clases ha dado hospitalidad.

Hoy, sin dejar de seguir el mismo criterio, creemos prudente, si hemos de marchar a la par que el progreso, introducir reformas, esto es, seguir construyendo a ser posible, sobre los sólidos cimientos que nos han legado nuestros antecesores, bajo todos los aspectos mejor preparados para estas empresas que el que suscribe, designado al acaso quizá, y sin los méritos y preparación que se requiere, para regir los destinos de esta revista, pero que ha de tener en cuenta los conceptos vertidos por Pascal, en cierta memorable ocasión:

«Los signos multiplicados del lenguaje y de la escritura, dando a los hombres el medio de asegurar la posesión de sus ideas y de comunicarlas a todos los demás, ha formado de todos los conocimientos particulares un tesoro común, que unas a otras se transmiten las generaciones como una herencia siempre en auge de los descubrimientos de cada siglo, y el género humano, considerado desde su origen, aparezca a los ojos del filósofo como un todo inmenso que tiene, como cada individuo, su infancia y su progreso».

Adelantamos, desde luego, que con

preferencia a cualquier otro, hemos de atender las producciones que inspiradas por criterios rectos, se nos entreguen de autores nacionales.

Para alcanzar el favor del público, contamos con la colaboración de las más floridas plumas del habla castellana.

Igualmente, en el orden artístico, hemos procurado que en lo sucesivo y sin interrupción colaboren todos los elementos de más valía en el país, como Hernández Hermanos en la fotografía, Francisco Hernández en la caricatura, cuyos primeros trabajos aparecen en este número, y otros de no menos reputación que omitimos consignar, por no hacer interminable esta lista.

Hemos de dar preferencia a la información gráfica, tratando extensamente todo lo que atañe a la actual guerra europea, por ser lo de más palpitante actualidad.

Las ciencias, las artes, la literatura en todos sus aspectos han de merecer nuestra atención, sin olvidar que cuestiones de orden interno, bien políticas, financieras o agrícolas es oportuno estudiarlas, y a ser posible señalar rumbos fijos, combatiendo las tendencias falsas; las prácticas nocivas o viciosas que hayan tomado carta de naturaleza en nuestras costumbres, han de ser tratadas por plumas competentes.

En fin, los hechos son más elocuentes que cuantos ofrecimientos puedan hacerse, pues que éstos están por demás desacreditados, y sólo sirven para embaucar momentaneamente sin resultado alguno práctico.

Por eso no queremos ni esbozar nuestro programa, dejando que nuestros favorecedores juzguen a la vista del esfuerzo que representa las mejoras introducidas y por introducir, en la evidencia que han de saber corresponder, tanto como sean nuestros aciertos o fracasos.

El Director

SONETOS DEL BUEN AYER

I

Era como un cristal azul el alma mía;
yo miraba la vida tras del azul cristal,
ébrio de juventud, de amor y de poesía;
mi vida era un ardiente rondel y un madrigal.

Cigarra imprevisora, cantaba noche y día,
sin cuidar del granero para el tiempo glacial.
¡Qué dulce era cantar cuando la noche ardía
constelada de rosas de luz, tibia y vernal!

Mi corazón se daba en luminoso amor
a la vida; sentía cantar en mi interior
de encantadas fontanas el surtidor sonoro

De castillos de humo, preñado el pensamiento,
bajo el chambergo clásico las melenas al viento
y el alma viajera sobre una nube de oro.

II

Vagabundo cantor era la soledad,
la más fiel camarada de mi suerte precita,
huesped de la hostería de la Casualidad,
que es anfitrión que falta casi siempre a la cita.

Cuando llamaba el hombre a la negra orfandad
de mi alma, del cielo puro y azul proscrita,
salía a recibirla mi loca mocedad
radiante de quimeras y alegría bendita.

A la miseria sórdida, la brava risa franca
del corcel de la gloria, prendida siempre al anca,
¡qué importaba que fuese la vida hosca y banal,

si el corazón poeta poseía el secreto
de engarzar sobre el tedio de la vida un soneto
con los catorce versos bañados de ideal!

Emilio Carrère

¡.....!

Tú eres, hombre, una bestia
indómita, salvaje,
con lanas de cordero,
con garras de león;
tu Dios es tu egoísmo,
tu fuero es vasallaje,
tu ley, la fuerza bruta,
tu código, el cañón.

Con cantos celestiales
te anuncian los querubes
que Dios paz manda al hombre
de buena voluntad,
y atruena los espacios
y asciende hasta las nubes
el cántico de guerra
que entona tu crueldad.

Tu ciego misticismo
levanta catedrales
que escalan orgullosas
la excelsa inmensidad;
tu genio las adorna
de aristas y espirales
y en ellas te prosterna
tu hipócrita piedad.

Pues luego, al Dios que adoras
insultas a balazos,
y muere el penitente
postrado ante el altar;
tus obras seculares
por tierra y en pedazos
en actitud sacrilega
te places en mirar.

Si alivias bondadoso
del triste los pesares,
si das pan al hambriento
y al huérfano un hogar,
al mismo tiempo siegas
las vidas a millares
y ahoga a tus hermanos
de lágrimas un mar.

De ciencia te nutriste,
contaste las estrellas,
lo grande y lo pequeño
mediste a voluntad,

quisiste tener alas
y alzándote con ellas
turbaste del espacio
la eterna majestad.

Mas del saber fué inútil
la ayuda redentora,
tu corazón de piedra
aún más se endureció,
tu ciencia fué tu aliada
en tu obra destructora,
pues armas homicidas
omnímoda te dió.

¿A dónde, dí, se fueron
tu religión, tu ciencia,
de que aprovecha al mundo
tu civilización;
si tu alma es un infierno
y es sólo tu conciencia
una amalgama inmundada
de orgullo y de ambición?

¿Y quieres que creamos
en tu filantropía;
pretendes convencernos
de tu sinceridad,
si toda tu clemencia
es sólo hipocresía
si son palabras vanas
tu fe y tu caridad?

No más, cese la farsa
de tu falaz historia,
conozca al fin el mundo
tu condición ruin;
la máscara derecha
de tu mentida gloria
y muestre a tus hermanos
tu rostro de Caín.

Que eres, hombre, una bestia
indómita, salvaje,
con lanas de cordero,
con garras de león;
tu Dios es tu egoísmo,
tu fuero es vasallaje,
tu ley, la fuerza bruta
tu código, el cañón.

Guillermo Delgado



HUMORISMOS

CABALAS ABRACADABRANTES

Hemos celebrado un interesante interviú con *madame Camame de la Pitorré*, acreditada pitonisa y célebre echadora de cartas en los buzones de correos, la cual había predicho cuanto está sucediendo y sucederá en el actual conflicto europeo.

Por si éramos incrédulos, empezó por decirnos que en las presentes circunstancias no hay más remedio que creer en Brujas, ciudad belga situada entre los encajes de Bruselas y las exquisitas ostras de Ostende.

Preguntada en qué fundaba sus predicciones, nos demostró que en las cifras del presente año

1914

estaba condensado lo más importante de la guerra.

- Fíjense ustedes nos dijo:

$14-1-1=12$

¡Doce! Es el número de *dreadnoughts* de que dispone Inglaterra.

4

Los que tiene en construcción.

$9-1=8$

Son los grandes acorazados de que Alemania dispone.

$1+1=2$

He aquí los dos millones de hombres que Francia pondrá sobre las armas.

$9-1-1=7$

Los siete millones que movilizará Rusia.

$4+1=5$

Los cinco millones con que cuenta Alemania.

Observen ustedes que en el fatídico número 1914 hay dos *unos*.

II

Ese es Guillermo II. Consideremos esos dos *unos* separadamente.

I

I

El que está entre el 9 y el 4 es Inglaterra, que se ha metido por medio. El otro es Italia, que se ha quedado fuera.

Veamos ahora el siglo en que vivimos.

XX

Son 20. Los 20.000 hombres que desembarcó Inglaterra en su primera expedición.

Son también las 20 semanas que durará la guerra, si es que no dura más o menos, así como las dos *equis* de los dos Luxemburgos, que es por donde debía empezar la juerga bélica, y, además, indican dos potentes ejércitos ya en contacto; dos grandes incógnitas.

Si, a medida de nuestra conveniencia, colocamos algunos de los soberanos que intervienen en el conflicto, tendremos:

Poincaré

GuillErmina de Holanda

AdelaiDa de Luxemburgo

KaIser alemán

Rey dE Inglaterra

Zar de Rusia.

Un «rediez» alarmante, cuya explicación nos dan las dos *equis* del siglo xx.

En efecto: la *equis* es un diez en números romanos; se trata de una *equis repetida*; luego esas dos *equis* significan

¡Rediez!

Es decir: «¡Rediez, la que se va a armar!»

Gracias a estas cábalas, *madame Camame de la Pitorré* predijo lo consignado el mismo día en que se subió el moño y la pusieron de largo.

EL AZARAMIENTO

Hay personas que no se azaran por nada del mundo, y, en cambio, hay otras que por un tropezoncillo, por un *coléme*, por una *plancha* cualquiera, pierden la serenidad y llegan en su aturdimiento a un estado de lamentable irresponsabilidad.

Oigan ustedes algunos casos.

Llega don Bartolomé, un señor de cierta edad, a casa de doña Pepita, respetable señora que acaba de perder a su marido, y a una señora que no es doña Pepita le da el más sentido pésame.

—Doña Pepita es aquella, don Bartolomé—le dice la señora sofocando la risa.

—¡Ay, es verdad! —contesta don Bartolomé, ya azarado. —¡Qué tonte-ría! Usted es la señora de García, ¿no?

—No, señor; soy Blanca Martínez.

—¡Es verdad! ¡Qué cabeza! ¿Cómo está su marido de usted?

—¡Pero si soy soltera!

—Sí; claro, es decir...

Y corrido, azaradísimo, cruza la habitación y alarga la mano a doña Pepita:

—¡Señora!

—Amigo mío...

Pausa angustiosa...

—¿Y... Ernesto?

¡¡Y le pregunta por el difunto!!

—Camino del cementerio, don Bartolomé.

Don Bartolomé, lívido, sudando tinta, en el colmo del azaramiento, comprende que tiene que decir algo, y se arranca con esta pequeñez.

—¡El pobre! Tener que ir al cementerio con la tarde tan fría que hace... ¡Nada, imposible!

Otro botón.

Se examinaba de Derecho civil un muchacho muy listo, pero de esos que se azaran por cualquier cosa. Le preguntaron cuáles eran los deberes de los padres para con los hijos, cosa sumamente sencilla; pero, nada, como si le hubieran preguntado por los ríos de China.

—Vaya, señor Jiménez, tranquilí-

cese; si usted lo sabe. Los padres tienen el deber de educar a sus hijos, ¿verdad?

—Sí...; sí, señor; educarlos..., vestíloslos...

—Muy bien. ¿Y qué más?

Miró Jiménez a la puerta del aula, y un compañero, al verle tan angustiado y queriéndole indicar que uno de los principales deberes es el de alimentos, le hizo con la mano repetidas veces señales de comer.

—Vamos a ver: ¿qué otra cosa deben hacer los padres con los hijos?

—Pues... comérselos—respondió Jiménez.

...
Pero el caso más gracioso de azaramiento lo presencié días pasados en el gabinete de consultas de un conocido médico.

Penetró en dicho gabinete un maestro de escuela que padecía un agudo reuma en el brazo derecho. Tuvo la desgracia de tropezar con un veladorcito que había junto a la puerta, rompió no sé qué maritata y perdió por completo la serenidad.

—¿Hace mucho tiempo que padece usted este dolor?

—Sí..., no...; es decir...; bueno, sí...

—¿Suele usted hacer ejercicios violentos?

—No, señor. A veces, sí; pero no...

—¿Qué es usted?

—Maestro de escuela.

—Bien: levante usted el brazo. ¿Le duele?

—Sí, señor.

—Levántelo más. ¿Y ahora?

—Ahora, no.

—Bueno; pues ahora, decline usted el brazo muy despacio.

—¿Que lo decline?

—Sí, señor, pero despacio.

Y el pobre hombre, en vez de bajar el brazo poco a poco, comenzó a decir, azaradísimo:

—Nominativo, el brazo; genitivo, del brazo; dativo, al brazo o para el brazo... ¡El disloque!

* * * * * NUESTRA PORTADA * * * * *

Al comenzar el año actual, guiados del deseo de introducir en la revista PANDEMÓNIUM mejoras tantas como merece el culto público que le dispensa sus favores, hicimos un proyecto de reformas que ya en este número comenzamos a poner en práctica, con la esperanza de que han de ser bien acogidas.

Nuestro mayor interés cifraba en que la portada a la par que de un gusto artístico exquisito, condensara juntamente con nuestro ideal de perfección, un distintivo de belleza y poesía, algo que a más de atraer la atención, no simplemente de la vista, fuera bastante a extasiar y producir deleites inefables en todo el que acertara a contemplarla.

Arrancar a la Naturaleza, bien por intermedio de la cámara fotográfica o el pincel del artista, los múltiples y grandiosos secretos que encierra, reproducir las variadas formas y distintos colores y matices de las flores, la belleza de los paisajes, el conjunto no menos armonioso de los campos y los montes y los valles, hubiera sido a no dudar aceptable.

Queríamos más, algo que indeciso flotaba en nuestra mente sin que a fuerza de torturarla nos lo revelase.

Teníamos un ideal que no podíamos darle forma, un ideal de conjunto, no de detalle, un ideal que abarcaba algo absoluto y que nos ha producido torturas infinitas, porque «al ideal sin la realidad faltaba vida; a la realidad sin el ideal faltaba belleza. Ambos necesitaban reunirse, darse la mano para aliarse. Sólo de este modo las cosas más bellas pueden ser acabadas. La belleza es un ideal absoluto y no una sencilla copia de la Naturaleza imperfecta».

Queríamos algo que en su esencia llevase todos los encantos de la Naturaleza, queríamos encontrar la obra más perfecta creada por Dios, sin mácula de artificio; que acompañara a la

belleza el pudor, al arte la poesía, algo que encarnara la perfección del alma; elevación de pensamientos, profundidad de sensaciones, luz, fuego, música.

Y lo hemos encontrado, más perfecto, más acabado que nuestro ideal. Tiene forma real, vive, son las mujeres costarricenses, que en sus corazones sólo anidan sentimientos de ventura, prototipos de candor, de alma recta y rectas y armoniosas líneas, no superadas ni acaso igualadas en belleza en todo el orbe. A la pureza de líneas de las griegas y romanas unen el *chic* de la parisién, el gracejo y donaire de la andaluza.

Es prueba de este aserto nuestra portada que sin omitir gasto, ni sacrificio alguno, hemos querido que sea, si no exacto, al menos aproximado a la realidad, procurando que en lo sucesivo, antes de decaer siga siendo el reflejo fiel de nuestras tendencias, y del gusto exquisito de nuestros lectores a quienes nos debemos, y que de seguro han de premiar en la única forma que pueden; siquiera con sus manifestaciones de aliento y aprobación.

Lectora de ojos negros, azules o castaños, de ojos húmedos, siempre bellos, si benévola has recorrido estas mal hilvanadas líneas, sé indulgente con su autor por no haber podido en su torpeza dar ni aun una idea aproximada de la realidad, imposible de trasladar al papel.

Lector, si en las horas de ocio, por ventura, acertaras a tomar entre tus manos esta humilde revista, sabe que nada en ella ha de producirte interés tanto, como si un momento te detienes en la portada, y si amante del arte eres la contemplas, contemplando a la misma vez con religiosa atención la figura en ella impresa, has de confesar sin ambages ni rodeos que en todo lo que el sol alumbraba, hay nada más sencillamente hermoso que la mujer costarricense.

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

PANDEMONIUM

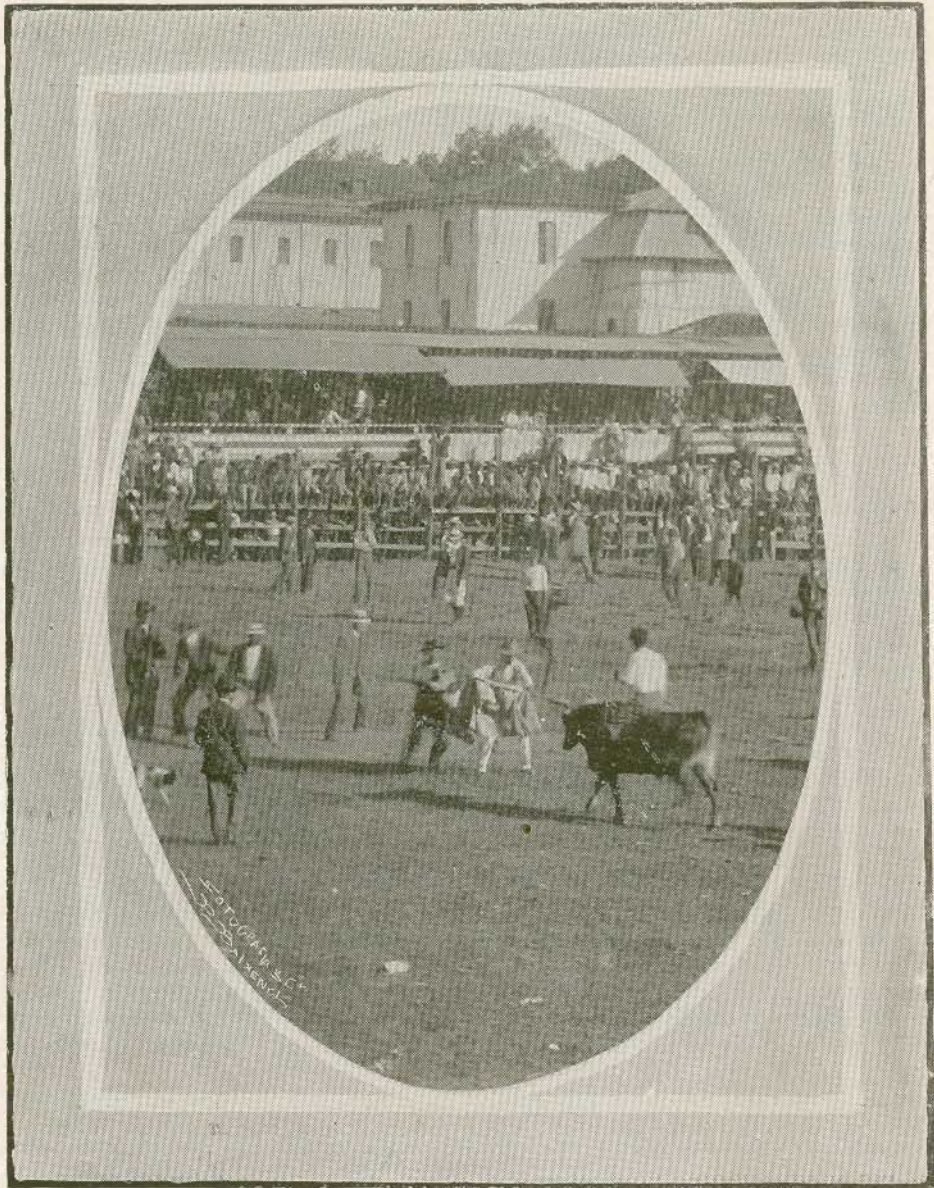
REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

DIRECTOR: FRANCISCO LÓPEZ DE LA HOZ

AÑO X

15 DE ENERO DE 1915

NÚM. 126



Arriesgado ejercicio practicado por un campesino, sobre uno de los toros destinados a la lidia en las fiestas cívicas últimas

CARTAS SIN DESTINATARIO

Estoy apuradísimo. Atravesamos en ésta una crisis aguda, como nunca la hemos sentido. Los que pueden y deben poner a contribución todos los medios a su alcance para remediarla, lejos de hacerlo, especulan con ellos, llevándose en sus especulaciones el crédito de la nación que es el crédito de todos.

Los males, dice un viejo refrán, no vienen nunca solos, y, al mal de la guerra que como consecuencia de esta solidaridad económica (*tal vez la única real*) en que los pueblos civilizados viven, nos ha alcanzado, tenemos que sumar la plaga de la usura, de los especuladores, de los *agiotistas*.

Económicamente nos asfixiamos. Los bancos han cerrado sus créditos, retiran sus billetes de la circulación: los tenedores de giros, esperando tal vez duplicar su capital, no los venden. Aquí nadie puede hoy cumplir regularmente sus compromisos. El crédito del comercio sufre; las importaciones han disminuido; las industrias se cierran; los campos se abandonan; el cambio sube cada día; la desconfianza aparece, y si esto se prolonga, una general bancarrota se vislumbra.

Tenemos un Presidente joven, animado de muy buena voluntad y mejores intenciones. Ha querido resolver la crisis de que te hablo, remediarla al menos, con medios legales, pero habiendo tomado rumbos distintos de los que le precedieron, queriendo hacer labor nacional y no de clases; terminar con privilegios que esquilmaron la República, lejos de ello se ha echado encima la casta de los que en los buenos *tiempos* especularon a la sombra de debilidades *presidenciales*.

Es muy difícil arremeter con éxito contra *intereses creados*, y más con medios *pacíficos*. Estoy convencido. Mis viejas *teorías acerca de leyes y derechos* se han esfumado, se han ido tal vez para siempre. Yo no creo en elucubraciones, en cosas abstractas,

sueños escritos: la Vida es un libro abierto para los que quieren leerlo (*lo que hacemos muy pocos*) y esto me ha convencido de que las leyes no son suficientes para asegurar el bienestar de los pueblos, en determinadas circunstancias.

Respetar la ley para garantizar un individualismo (*egoísmo*) exagerado, es brutal, odioso. El hombre no se pertenece sólo y exclusivamente a sí, sino que debe *darse*, si no en todo, sí en parte a sus semejantes, que han hecho y hacen posible su existencia.

Nada, que pienso que para los supremos momentos las supremas resoluciones, y si yo, amigo, gozara de autoridad, tuviese *densidad* moral, si pensara algo en las altas *esferas*, al que rige la nave de esta República que quieren hacer zozobrar le diría: amigo don... (aquí no existen los tratamientos, no todo en las *democracias* es malo) usted tiene una buena voluntad, magníficas intenciones, lo acuerpan el noventa y cinco por ciento de sus gobernados, esa buena voluntad que usted tiene debe vivificar su esencia, hacer actual su virtualidad, efectivas sus facultades, traducirlas en actos, cristalizarla en hechos concretos, desplegar en suma su contenido aunque con ello se lesione el *derecho discutible* de unos pocos, contradictorio con los *vitales derechos de los demás*.

Dirás que barbarizo, pero yo soy así, *bárbaro*, me gusta ir al fondo de las cosas, a su sustancia, a su alma; no suelo nunca andarme por las ramas, me agrada más el amor militante que el mirar a la *luna* y contemplar las estrellas.

No olvides lo que cierto día te dije: soy un romántico de la *fuerza*. La fuerza es virtud. ¿Qué sería el derecho si en su contenido no entrase la fuerza (*leguleyos, quedas vuestras armas!*) o no resguardara sus *espaldas*?

Digiere y hasta la próxima.

Juan de Maro

FIGURAS DE LA GUERRA



El Kaiser Guillermo II y su Estado Mayor presenciando un combate

Una patrulla de ulanos en una carga contra el enemigo

Su familia no lo educó para Monarca. La corona de Bélgica estaba destinada a otro. El era segundón, modesto y estudioso, condenado a la más difícil de las situaciones en que puede verse un hombre inteligente: ser demasiado para imitar la vida de los demás; ser muy poco en el mundo donde lo colocó el nacimiento.

De seguir sus gustos hubiese sido ingeniero. Le atrajo siempre la labor de las minas, con sus peligros mortales. No siendo príncipe, había emigrado a los Estados Unidos para crear-se una fortuna, como muchos compa-

ñeros de su adolescencia a los que trató en la escuela de Bélgica.

Pero intervino la muerte inesperadamente y el segundo pasó a ser heredero de la corona, y luego rey.



Un negocio entre las ruinas de una casa, destruida en la guerra

Muchos parecen nacer con el firme propósito de llegar a héroes. Desde la infancia asaltan los primeros sitios; luego estudian sus gestos y sus palabras, adoptan posturas teatrales, aprenden mil co-

sas a la vez, buscan en toda ocasión asombrar a las gentes, quemarían medio mundo si esto pudiese dar

nuevo brillo a su gloria neroniana; y, sin embargo, no consiguen sus propósitos. Pueden llegar, en fuerza

derechos; todas las virtudes modestas y sólidas de las gentes de bien.

Plegándose a las exigencias del



Soldados de artillería alemana emplazando cañones en el puerto de Ostende

de locuras, a infundir miedo, pero nunca amor ni admiración. Este joven rey que no ha pensado jamás en deslumbrar a nadie, que no conoce las actitudes escénicas, que deseaba vivir en una paz laboriosa con su pueblo de trabajadores, y ha seguido una existencia recta, tímida y larga a la vez, como las líneas de su cuerpo, es un héroe, sin ansiarlo ni buscarlo; el héroe más generoso y simpático de todo el siglo XX.

El resorte de su heroísmo no fué el amor a la gloria ni las ambiciones de conquista, sino el deber, el cumplimiento de la palabra empeñada, el respeto de los propios

fuerte hubiese sido feliz. Es cierto que esta felicidad la habría pagado

con la deshonra, pero ¡hay tantos deshonrados triunfantes!... Alemania, agradecida a su obediencia, le hubiera sostenido siempre. Tranquilidad, abundancia, protección: la vida sumisa y bien cebada del animal doméstico que reconoce un dueño. Pero a estas ventajas positivas que hubiesen tentado a los más, prefirió los viejos idealismos en los que aún creen unos pocos; el honor, la libertad, el



El General Botha con sus hijos

odio al atropello, la independencia de su patria.

Y el minero de afición que cuando

se pone el uniforme militar tiene hermoso aspecto por la esbeltez de su figura, pero que vistiéndolo de paisano aparece «en su verdadero carácter», como un ingeniero belga estudioso y miope, tuvo que hacer la guerra para defender la integridad de su pueblo; y la hizo como no la harían muchos profesionales.

Toda la nación estuvo al lado del rey democrático. Lo que más asombra en el heroísmo de los belgas, es su unanimidad al hablar del monarca, del compañero de armas bueno y valeroso.

Lo han perdido todo: patria, hogar, hijos. No tienen un palmo de tierra

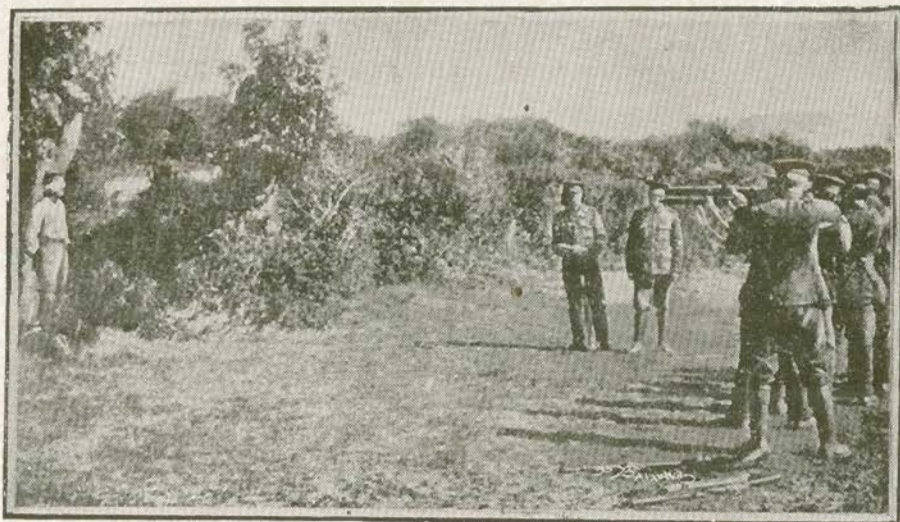
no existe en la realidad. Su situación es comparable a la del pueblo judío...

No; es mucho peor. Los judíos, faltos de nación, conservan la familia, y los belgas, en su infortunio, hasta han perdido esto. Durante las retiradas en éxodo de Bruselas a Amberes, de Amberes a Ostende y de Ostende a donde han podido, los grupos familiares se disgregaron para siempre bajo el estallar de los obuses, en el desorden de las fugas nocturnas y el diverso rumbo de los buques cargados de muchedumbre.

El padre está en Francia, la madre murió, una hija escribe desde Inglaterra, otros han ido a



Soldados rusos disparando desde una trinchera



Fusilamiento de un espía alemán por las tropas inglesas

propia en la que descansar los pies. Vengan fugitivos por Europa, con una patria en el pensamiento que ya

parar a América; el resto de la familia ha desaparecido.

Muchos de estos belgas son socia-

listas y trabajaban antes contra el Gobierno de su país. Sentados ahora en

la libertad de su pueblo, del derecho, del honor. Bien hecho está. Muchos



Interesante aspecto de la guerra. Lucha entre alemanes e indios

un muelle o en una estación de ferrocarril sobre el montón de trapos que constituye toda su fortuna, cuentan con una serenidad estoica la tragedia de su patria, y cuando les preguntan por su rey, contestan con grave admiración:

—¡Ah! ¡Nuestro Alberto!... Es un héroe. Es el rey caballero.

Este es su verdadero título: el rey caballero. Ni un sólo belga ha intentado censurar su conducta.

A nadie se le ocurre que podía haber evitado las desgracias de sus súbditos, envileciéndose con una sumisión cobarde. Resistió en defensa de

de sus conciudadanos han perdido la vida. El vive porque la Muerte no quiso su persona. Manejó como simple artillero los cañones de Amberes, bajo una lluvia de metralla. Tomó el fusil de un soldado para hacer fuego en las trincheras de la infantería.

Los belgas han perdido sus casas; él ha perdido su reino.

No recordéis como modelos inimitables de caballería a aquellos reyes sin corona de la Edad Media, vagabundos y desgraciados, que la poesía y el drama han hecho intere-

santes. Nuestra época de vulgar positivismo tiene figuras más románticas.



Algunos de los refugiados en Berlín, que han abandonado el Este de Prusia

Alberto Sin-Tierra vale más que todos los monarcas del mismo sobrenombre que nos ofrece la Historia.

Estos perdieron su Corona por luchas de familia o ambiciones de conquista. El rey caballero se ve sin reino por no haber tolerado los atropellos del fuerte. Y con la noble tristeza del héroe vencido que sabe que la razón va con él, se mantiene todavía en un pedazo insignificante de Flandes, al frente de un puñado de bravos, para que vea el mundo cómo lucha un hombre pacífico convertido en guerrero por las



Altos jefes del ejército francés aprovechando una tregua de la lucha para almorzar

Alberto I es, según la expresión de uno de sus ministros, «el hombre más delicado, más escrupuloso y más prudente de todo su reino». Sufría mucho y nadie adivina, detrás de su gravedad habitual, lo intenso de sus penas.

Al iniciar la guerra, las decisiones que había de adoptar le sumieron en dolorosa turbación. Temía equivocarse y que su pueblo sufriese las consecuencias. El más pequeño olvido



Grupo de soldados belgas heridos en la guerra, tomando el sol

exigencias del honor, cómo puede morir el primer ciudadano de un país democrático en defensa de su dignidad.

era para él un crimen imperdonable. —Yo no soy un estratega—decía a Broqueville, el presidente de su Con-

sejo de ministros.—No me han educado para esto. Sabré batirme como cualquiera; ¡pero mandar un ejército!...

rra. De no alzarse este obstáculo inesperado, la guerra estaría terminada a las horas presentes con el



Un regimiento francés de caballería en marcha hacia la línea de combate



Soldados alemanes prisioneros de los ingleses

Y Proqueville contestaba:

—No hay necesidad de que seais un estratega. Los otros reyes tampoco lo son. Reunid vuestro Estado Mayor, escuchad a los oficiales, y luego podéis resolver lo que mejor os parezca. La guerra es un arte; pero también es un asunto de buen sentido.

El rey caballero supo pelear como general improvisado, y sus resistencias heroicas han sido la salvación de la Europa aliada. El quebrantó la catapulta invasora en Lieja, dando tiempo a la resistencia de Francia, a la movilización de Rusia, a la intervención de Inglate-

triunfo general del Imperio germánico.

Dió su pueblo y su persona; lo perdió todo en este suicidio heroico; ¡pero quién sabe lo que ha salvado! Algún día lo dirá la Historia.



Una imagen de Cristo destruída por los alemanes

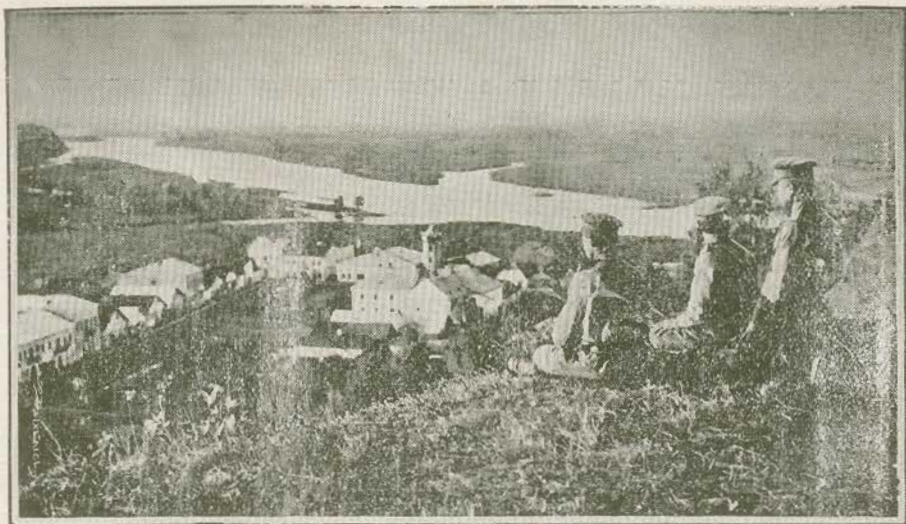
de Bélgica. Fué a la caída de la tarde, en la plaza principal, frente al palacio del Municipio, una construcción

Un periodista inglés de los pocos que pueden circular por el campo de batalla, me cuenta lo que vió recientemente en un pueblo de esa pequeña fracción de Flandes que aún mantiene izada la bandera

**

de calada piedra, con gran torre de armónicas campanas, como todos los edificios antiguos del país.

vuelve a dejar su mirada flotante en el vacío. Descansa. Aprovecha un momento para aspirar el aire con de-



Soldados austriacos en la estación de Halles, observando al enemigo

La plaza está desierta. A lo lejos suena el cañón. La gran batalla de Flandes, la más sangrienta de la Historia, una carnicería donde han caído, según dicen, 150,000 hombres, se está desarrollando a pocos kilómetros.

De pronto se abre una ventana del palacio. Un brazo azul con galones de oro se acoda en el alféizar y sobre su mano viene a apoyarse una cara pálida, demacrada, con lentes; una cara que respira melancolía, en sueño y cansancio. El inglés la reconoce: es el rey. Se examinan un momento y luego el héroe

licia, ver el cielo, contemplar la puesta del sol. Hace semanas que su existencia es de continua actividad, sin

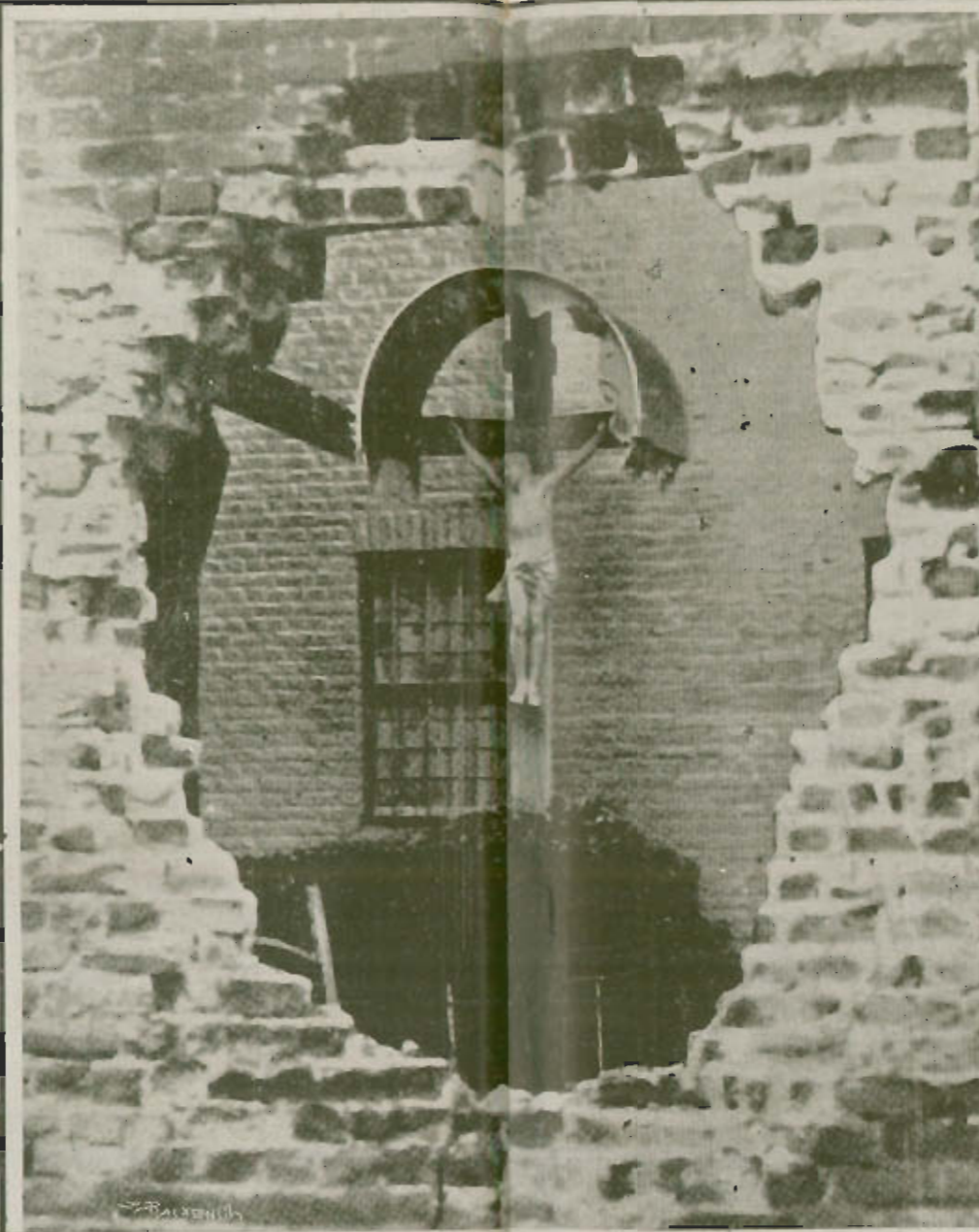
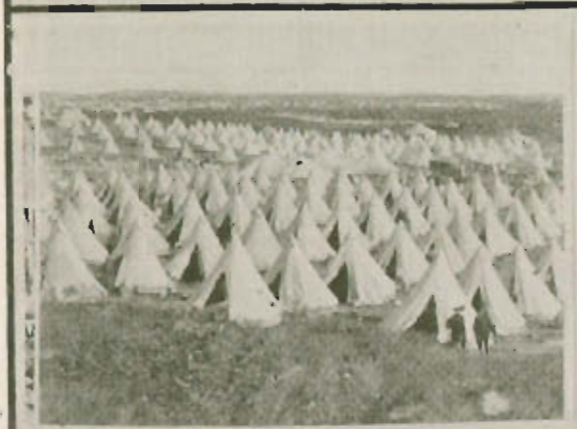
día ni noche. Duerme donde puede; aparece donde menos le esperan. Abandona el combate para ir a reunirse en una encrucijada de caminos, en una granja, con su animosa compañera, la reina heroica que, luego de depositar sus tres hijos en Londres, lo ha seguido de batalla.

Suena un rumor de muchedumbre en una calle próxima. Entra en la plaza un regimiento francés que vuelve de las trincheras; un regimiento



Un gendarme francés encargado de la custodia de un soldado alemán, prisionero, descansando al lado de éste.

ESCENAS DE LA GRAN TRAGEDIA



CURIOSIDADES DE LA GUERRA

Imagen del Crucificado en el Convento de Hermanitas de los Pobres, en Nieupoit, que resultó intacta no obstante haber derruido un proyectil el muro que la defendía

Paisanos ingleses acudiendo a enrolarse en el ejército.

Campamento de infantería inglesa en Remington.

Heridos rusos procedentes de las líneas de fuego.

Artilleros aliados preparándose para bombardear una trinchera alemana.

Damas de la aristocracia inglesa pertenecientes a la Cruz Roja.

Trofeos de guerra tomados por los ingleses a los alemanes.

hermosamente sucio, feo hasta la sublimidad, con los capotes descoloridos, el barro a las rodillas, los rostros hirsutos, las manos negruzcas.

El regimiento, con las Compañías diezmasdas, sucio y heroico, saluda por espontáneo impulso al héroe más grande de la época presente. La muchedumbre armada, falta de su banda de música (los músicos se han convertido en camilleros) entona *La Marsellesa*; entona *La Brabanzone*. Y el brazo azul galoneado de oro se mueve con noble lentitud, mientras dos lágrimas de emoción empañan los lentes del rey

caballero, del que la historia ha de rendir el más grande tributo que conocieran los siglos.

Se aleja el regimiento. La plaza vuelve a quedar solitaria. Alberto Sin-Tierra sigue en la ventana, descansando, soñando. El cielo se tiñe de rojo detrás de las negras y puntiagudas siluetas de los tejados belgas.

El sol se oculta, el día va a morir. Llega la noche, y con ella la sombra, las horas de incertidumbre, las horas de desesperación... Y después de la noche volverá el día, con un nuevo sol.

V. Blasco Ibáñez



El estado mayor alemán de uno de los cuerpos de ejército que luchan contra los aliados, después de presenciar una derrota de los soldados germanos.



COSTUMBRES INDIAS

Peluquero indio peinando un soldado *mukha*, herido.



Bala francesa atravesada por otra alemana. Abbad Himi, Kediye de Egipto.



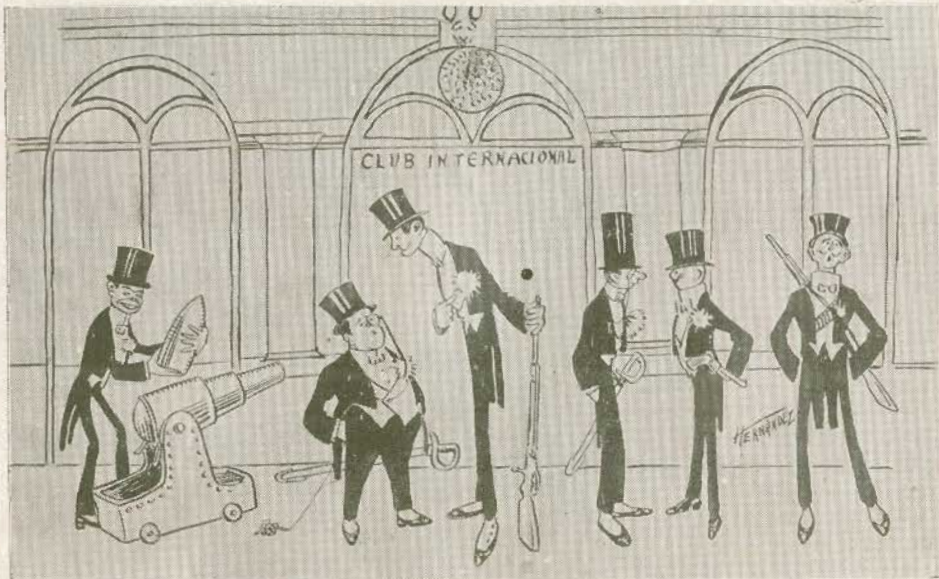
TIPOS CURIOSOS

Reparto de cigarrillos a los soldados indios, heridos.

***** APUNTES CÓMICOS *****



El número más sensacional y no interrumpido durante las fiestas



Apuntes del natural tomados por nuestros dibujantes, que han de hacer una revolución en las costumbres sociales josefínas.

MODAS FEMENINAS



Dos lindísimos modelos de blusas de crespón de seda con encajes "Churry" la de la derecha, y de seda azul pálido con adornos de piel en el escote y mangas la otra.

DE HIGIENE

El cuarto de *toilette* y de baño para un matrimonio exige una doble instalación, puesto que los objetos de *toilette* tienen que ser personales. Se escogerán dos lavabos de mármol con agua corriente caliente y fría, un *étagère* de cristal y una luna apaisada sujeta a la pared con cuatro tornillos, sin marco.

Un cuarto tocador confortable se compone de los siguientes muebles: un armario de tres lunas que se abran formando tríptico, la de la derecha

hacia la izquierda y la de la izquierda hacia la derecha; otro armario o vitrina para la ropa blanca; una mesa cubierta de cristal para los cepillos, peines, espejo y demás cachivaches indispensables. También hacen falta algunos asientos bajos y que ocupen poco sitio: un *chaise-longue* y un lavabo que sólo se usa para lavarse las manos durante el día, porque para el lavatorio verdadero se utiliza el instalado en el cuarto de baño.

Si la casa no fuese muy grande, para aprovechar el terreno se instalaría el cuarto de baño entre el tocador del

señor y el de la señora, con entrada por ambos lados.

La preocupación, muy generalizada, de creer que los accesorios del baño y la ducha deben estar ocultos bajo cortinillas de muselinas es un error contrario a la higiene, porque tanto las esponjas como los demás accesorios deben airearse y no permanecer ni un minuto encerrados.

El piso debe cubrirse con linóleo y poner encima un tapiz lavable, de esos que parecen de lana, pero que son de algodón, y pueden mojarse sin el menor inconveniente.

En el cuarto de baño no habrá más que dos butacas de rejilla y laca blanca. Las maderas oscuras y barnizadas no son a propósito para este uso, porque si salpica una gota de agua se hace una mancha instantáneamente.

Hay quien cree que el cuarto de tocador puede fundirse con un gabinete de recibo, en cuyo caso no será ni lo uno ni lo otro. El tocador es, sencillamente, una prolongación del cuarto de baño: en éste se empieza la *toilette* y en aquél se termina, y, por tanto, en uno y otro debe prescindirse de todo aquello que quite *confort* y resulte inútil.

Los mueblistas modernos han substituido el antiguo tocador por una *coiffeuse*: como mueble es bonito; pero menos práctico que la mesa sencilla.

La *coiffeuse* se compone de un espejo, que tendrá un metro de alto, y descansa sobre una repisa que une dos muebles altos y estrechos, con varios cajones que sobresalen medio metro a los lados del espejo. Para el peluquero es bastante cómodo este mueble, porque puede apreciar el efecto de la cabeza sin alejarse; pero cuando las señoras se peinan solas es mucho mejor un espejo grande sobre la mesa y otro chiquito para verse la cabeza por detrás.

Entre los objetos que bien pudiéramos llamar indispensables figura el secador eléctrico para el pelo. En verano, el pelo se seca fácilmente; basta con enjugarlo y después dejarlo suelto durante media hora al aire libre, entre sol y sombra, si se vive en el campo o en una casa que tenga jardín; pero como durante los meses de invierno sería muy peligroso secarse la cabeza al aire, es de suma utilidad el secador eléctrico que seca el pelo en minutos.

Roxana



Traje de tafetán negro y rayas blancas

PAGINAS INFANTILES

BIMBALINA Y CORINDON

Como todos los días, Bimbalina salió una mañana a llevar sus ovejas al campo. Era una bella mañana de abril, clara y alegre.

En medio del camino encontré con una viejecita que, sentada en un ribazo, se soplab los dedos, ateridos de frío. Bimbalina se quitó su capa de pastora y la colgó de las espaldas temblorosas de la vieja.

—Gracias, muchas gracias, Bimbalina. Dios te lo pague. Pero si me das tu capa, ¿con qué te abrigarás cuando llegue el invierno?

—Cuando llegue el invierno, abuelita, cogeré mi huso, y con la lana de mis ovejas hilaré y tejeré otra capa nueva. Ahora llega el verano, y los días son largos para la labor.

—Bimbalina, eres tan generosa como buena y tan lista como bonita. Y puesto que me has hecho un regalo, yo quiero hacerte otro. Toma este huso, hila siempre con él, acuérdate de mí, sé buena, y te casarás con el hijo del rey.

Bimbalina, toda sorprendida, tomó el huso que le ofrecía la vieja y lo

miró amorosamente. Era un huso precioso, de madera de rosa, con incrustaciones de marfil. Cuando de nuevo levantó los ojos para dar las gracias a la abuelita, ésta había desaparecido.

De pronto, por la parte izquierda del camino, oyó un estruendo horrible, y, entre espesos torbellinos de polvo, vió venir unos hombres a caballo. Se lanzaron sobre las blancas ovejas de Bimbalina, que pacían en el prado, y, acorralándolas a punta de lanza, se las llevaron por delante.

—¡Oh, mis ovejitas! —suspiró Bimbalina. —¿Con qué lana hilaré ahora en mi huso?

No había acabado de decirle, cuando en la punta del huso surgió un

copo blanco como la nieve. Y otra vez, a lo lejos del camino, se oyó un gran estrépito y vió la pastora grandes remolinos de polvo. Eran todos los vecinos del pueblo, que venían corriendo y gritando:

—¡Justicia! ¡Venganza...! ¡Venganza..!

Cuando pasaron ante Bimbalina se detuvieron para contarle la causa de aquella indignación.



Niñitas Alvarado Béche

—El príncipe Rapaz, con sus hor-
das, ha entrado a saco en el pueblo.
Nada queda en él, ni frutos, ni ense-
res, ni aves; los graneros han sido
robados.

—También a mí me han robado mis
ovejas.

—Ven entonces con nosotros. Va-
mos a pedir justicia al rey. El los cas-
tigará y obligará a Rapaz a restituir-
nos sus rapiñas.

—Id vosotros—dijo Bimbalina;—yo
tengo mucho que hilar.

Al cabo de un rato, la pastora vió
que, por tercera vez, el camino se nu-
blaba de polvo. Eran los lugareños,
que volvían con una tropa de gentes
armadas, al frente de la cual venía el
hijo del rey, el príncipe Corindón, en
un caballo blanco.

Bimbalina, al verle, se estremeció
de júbilo, recordando la profecía de
la vieja. El príncipe Corindón detuvo
su caballo.

—Pastorcita, ¿tienes tú también al-
guna queja de Rapaz? Me han dicho
que te ha robado tu ganado.

—Sí, príncipe; pero son tantas las
quejas de los demás, que no he que-
rido importunarlos con la mía.

—Discreta eres, pastora. Por ello
quiero que seas vengada la primera.
Monta a la grupa de mi caballo.

Media hora después estaban todos
ante la fortaleza de Rapaz: un sober-
bio casti'lo amurallado, circundado
de un ancho foso de agua, con el puen-
te levadizo alzado.

El hijo del rey tocó la trompa por
tres veces. A la tercera, Rapaz apare-
ció sobre una almena.

—¿Qué me quieres?

—¿No lo sabes, ladrón?—le dijo el
príncipe.—Vengo a ordenarte que de-
vuelvas a mis súbditos todo lo que les
has robado.

Una larga risa diabólica fué la úni-
ca contestación.

El príncipe volvió a tocar la trompa
y dió a sus soldados la orden de ini-
ciar el ataque. Silbaron las fondas,
tendiéronse los arcos, y una nube de
proyectiles fué a estrellarse contra las
piedras del castillo.

Rapaz contestó al ataque arrojando
sobre el príncipe una nube de monda-
duras de frutas, tronchos de legum-
bres, huevos de aves y botellas vacías.

Rojo de ira, el príncipe volvió a
tocar la trompeta.

—¡A mí los honderos, los arqueros,
mis valientes soldados!

Y de nuevo las flechas y las piedras
cruzaron el aire y se embotaron en la
muralla. Era imposible intentar el
asalto, porque no se habían traído es-
calas, y el foso, lleno de agua, era
tan ancho y tan profundo, que fuera
temeridad querer atravesarlo. A todo
esto, empezaba ya a caer la tarde, y
el príncipe pensaba con tristeza que
sería preciso emprender la retirada sin
castigar al culpable. Faltaban tiendas
para dormir y no había la más insig-
nificante vitualla que comer.

Rapaz se asomó otra vez a la alme-
na y le dijo al príncipe Corindón:

—Mancebo, por si, como veo, pien-
sas pasar ahí la noche, ahí te envío
una cama para que duermas y un po-
co de carne para que cenes.

Y le tiró la pelleja, sangrienta to-
davía, de un cordero y la cabeza reci-
én cortada del animal. Bimbalina
reconoció en el acto el más bello de
sus carneros, el gran macho negro,
rey del ganado. Sintió una pena muy
grande; pero le dió más pena aún el
ultraje inferido al hijo del rey. Y co-
mo movida por una gran fuerza inter-
ior, creyó llegado el momento de in-
tervenir en la aventura.

Con su huso encantado tocó las
botellas vacías, y en el acto se llenar-
on de vino rojo; tocó las plumas de
las flechas, y se convirtieron en pollos
y gallinas; las cáscaras y mondaduras
se tornaron en frutas jugosísimas, y
las duras cortezas de pan en sabrosos
panecillos de la última hornada. Bim-
balina dijo a la gente, que contempla-
ba sorprendida el milagro:

—Comed y bebed a la salud del
príncipe.

—¡Viva Corindón! ¡Viva la pasto-
ra!—gritaron soldados y labriegos, lo-
cos de júbilo.

Cuando todos hubieron comido y

bebido, Bimbalina tocó con la punta del huso la pelleja ensangrentada del carnero, y empezaron a surgir colchones de blanca y suave lana.

—Dormid—dijo Bimbalina.—El príncipe velará nuestro sueño.

Todos se acostaron, y se quedaron dormidos.

Cuando fué media noche y la luna se ocultó tras unas nubes, la pastora se acercó al príncipe y le dijo:

—Príncipe, vamos a tomar el castillo.

Se acercaron al foso, tocó ella la tierra con el huso, y la tierra empezó a alargarse, hasta llegar a la otra orilla, precisamente en el sitio del puente levadizo, frente a la puerta de hierro del castillo. Pasaron los dos, llevando la cabeza cortada del carnero. Bimbalina la tocó con el huso, y la cabeza, como una catapulta, ¡pum...! ¡pum...!, ¡pum...!, empezó a golpear la puerta con tan rudos golpes, que ésta se vino abajo. El príncipe, con la espada desnuda, se lanzó al asalto.

Tras la brecha, Rapaz y un bandido acechaban al hijo del rey. Pero Bimbalina tocó con el huso la espada del príncipe, y en el acto mil espadas, manejadas por manos invisibles, cayeron sobre los bandidos y los acribillaron. Rapaz, vencido, cayó de rodillas pidiendo perdón. El príncipe le ató sólidamente con su cinturón y le llevó cautivo al improvisado campamento.

Cuando al nacer la aurora los soldados se despertaron, vieron que por la puerta del castillo, abierta de par en par, salía un extraño desfile. Delante, todas las ovejas de Bimbalina, guiadas por sus fieles mártires; detrás, los bueyes, los cerdos, los pavos, con el moco encendido de cólera; las gallinas, cacareando; los patos, balanceándose torpemente; un carro, arrastrado por una larga recua, traía las legumbres, los frutos, los granos, robados al pueblo. Sobre el toldo, un gallo negro, saludando al sol: Ki-ki-ri-kí...

La muchedumbre, loca de alegría, no pudo contenerse:

—¡Viva el rey! ¡Viva el príncipe Corindón...! ¡Viva la pastora!

—Bimbalina—dijo el príncipe,—te debo la victoria. ¿Qué podré hacer para pagarte?

—Señor, yo estoy pagada con veros feliz.

—Para ser verdaderamente feliz necesitaría casarme contigo. ¿Quieres casarte conmigo, Bimbalina?

—Si eso os hace feliz, me casaré.

Se casaron. Y el día de la boda, el príncipe Corindón, en recuerdo de aquella jornada, regaló a su mujer un corderito de oro primorosamente cincelado.

Jerome Doucet

Enseñanza del antialcoholismo

En Francia, a los dos años de iniciada la campaña antialcohólica escolar por el doctor Roubinowich, el 17 de marzo de 1897, un decreto ministerial hizo obligatoria la enseñanza antialcohólica en todas las escuelas del Estado, habiendo sido imitado el ejemplo por numerosas escuelas libres.

En el Congreso antialcohólico de París de 1903, un autor citó el ejemplo de una escuela en la que, después de una conferencia, 26 niños, sobre 32, formularon el compromiso de abstenerse del alcohol.

En los Estados Unidos, la enseñanza antialcohólica, que ha sido objeto de una reglamentación especial, está poderosamente coadyuvada por las sociedades de temperancia, que cuentan entre sus asociados a los maestros y discípulos.

En 1882, el Estado de Vermont, por una ley, hizo obligatoria la enseñanza de la templanza. En 1885, diez Estados legislaron a un tiempo. Desde 1882 a 1892, y cada año sin interrupción, uno o varios Estados tomaron medidas legislativas. En la actualidad, cuarenta y un Estados han inscripto en sus estatutos el principio de la enseñanza obligatoria de la templanza en las escuelas: 16 millones de niños reciben esta enseñanza.

COMO LAS FLORES DE ABRIL

I

Rosaura ha madrugado mucho esta mañana. Las rojizas tintas del horizonte penetran a través del afligranado encaje del *stor*, bailando en las pupilas somnolientas de la chiquilla. Y, diligente, abandona el lecho, refrigera con abluciones de agua fresca su carita jovial y baja al jardín.

Cumplirá quince años para San Bartolomé. Es rubia, como su madre, y tiene los ojos negros y grandes, como su progenitor; el rostro lo tiene, ella no sabe como quién de la familia, porque sus amiguitas la tienen dicho que es de jazmín, de nácar o algo así, muy blanco. Pero al verla llegar corriendo desde lo alto del valle, o al trajinar afanosa cortando flores en el jardín, ya no parecen azucenas sus mejillas, sino que se truecan en granadas de aquellas que se abren en el árbol de junto al cenador.

En su paseo solitario coge lilas, arranca pensamientos, zarandea un almendro por el gusto de ver caer nieve perfumada entre el sol, y mira cara a cara al disco fulgente que la ciega, y no puede resistirse a ir cerrando los ojos poquito a poco.

Los abre cuando siente carreras precipitadas y gritos y risas que se le acercan. Son Nuri e Inés, sus dos amiguitas, invitadas por sus papás a pasar unos días con ellos en la quinta. Hay un batir de besos sonoros y violentos y hay unos timbrados gorjeos que no se sabe si son palabras o son risas.

En la avenida de la fuente les sale al encuentro Victorio, y ellas cortan su conversación y siguen paseando, oyéndole a él, bajo el palio de las acacias y de las lilas, que derraman una lluvia olorosa de florecillas blancas, de florecillas azules.

II

Están reunidos en el comedor la familia de Rosaura y los invitados.

Acaban de subir del jardín buscando el desayuno.

Alrededor de la mesa grande de nogal se han formado dos bandos: uno, que preside don Federico Ruano, padre de Rosaura. A su derecha, doña Concha, la señora de Ruano, distribuye las frutas, las pastas. A la izquierda de don Federico, tía Paquita, su hermana, una solterona magrita y melosa. El otro grupo, congregado en el extremo opuesto de la mesa, lo preside Victorio y lo completan las tres adolescentes. Escuchan encantadas al muchacho. Entre las cartas de hoy, Victorio ha recibido una postal que le envía desde París un amigo. Por encima de los hombros del estudiante, que tiene entre los dedos la cartulina, se han asomado, con buceadora curiosidad, las inquietantes cabecitas de las niñas. Casi deletreando, han leído el signo que, en letra pequeñita, dice en uno de los extremos superiores: «París. —La grande Roue».

Una inmensa circunferencia de hierros cruzados, entrelazados, compuesta de cuatro grandes aros, en trabazón simétrica ocupa por entero la tarjeta. Parece una noria gigantesca con sus cangilones y todo. Son los cochecitos colgantes. Por abajo, la rueda se hunde en los edificios, que parecen casitas de cartón, y por la parte de arriba recorta, en una curva perfecta, el azul infinito.

A través de la circunferencia, como si fuera la armadura de un lente, se ve la torre Eiffel, lejana, diminuta, tal que unas caladas y artísticas tijeritas de bordar.

La correspondencia trae una mala nueva: el padre le mandará el coche el viernes para regresar.

Rosaura empalidece y se pone un poco triste; Nuri enrojece momentáneamente; pero son tan fugaces las impresiones de las muñecas, que nadie se apercibe.

Doña Concha dice:

—¿Pero nos va usted a dejar tan pronto, Victorio?

Y el muchacho contesta lamentando la marcha.

Después, todos callan. Los canarios en las jaulas, revuelan ágiles de una caña a otra; canta una moza en la parte baja de la casa; los campanillos de una yunta suenan dulcemente en la lejanía...

III

Tía Paquita, Nuri y Rosaura bajan al jardín. Las niñas van delante, cogidas del brazo. Parecerían hermanas si no caminaran ahora hoscas y mudas, porque visten casi igual: la fimbria del vestido, hasta la rodilla; el calce-tín de seda negra, hasta media pierna; el zapato anaranjado y sin tacón; el cabello, suelto por la espalda, flotante, en ondas lustrosas y finas; el amplio sombrero de paja, anudado a la barbilla por un lazo en cuidadoso desmaño.

Al pasar junto al cenador, tía Paquita se sienta. Ellas siguen hacia la fuente.

—¡Rosaura, habla; a ti te pasa algo...! ¿Por qué estás triste?

—¿A mí...? ¡Nada...!

—¡Sí, no te esfuerces en ocultarlo...! Y yo sabría decirte por qué.

A la interrogada se le bañan las mejillas en tinte de guindas; siente una comezón extraña que le desasosiega; saltan sus nervios queriendo romperse; y el sol, que apuñala la trabazón tupida de las ramas, la pincha con dardos invisibles.

—¿Sientes mucho que se marche Victorio...?

Rosaura, ante la pregunta repentina, queda con el brazo en suspenso al llevarlo al sombrero. Y, con mohín intencionado, contesta:

—¡Sin duda piensas eso porque lo debes tú sentir!

Callan. Rosaura, aunque tranquila en apariencia, está inquieta por la pregunta. Al pensamiento le acude en seguida Victorio. Recuerda sus palabras de la tarde anterior en el camino del pinar. Reconstituyendo la escena,

a la niña le asalta una inquietud... ¿Oiría Nuri la conversación de los dos...? ¿Por qué le habría preguntado si sentía la marcha de Victorio?

Y espoleada por la zozobra, se muerde los labios hasta casi hacer saltar la sangre. ¡Bah! Pero ella presiente algo misterioso antes que el galán se marche. ¡El primer amor, las prematuras rosas del alma, las tempranas flores de abril...!

IV

En la penumbra de los olmos blancos, bajo los tallos ondulantes y rizados de los árboles del Paraíso, manchando la valla de evónimos se destaca la silueta de Victorio. La apostura gallarda de sus veinte años, el impecable traje claro, el cabello partido en dos mitades airosamente, el discreto sugestivo y ameno, todo, en fin, le presta atractivo de doncel legendario, en el fresco misterio de esta risueña noche, que cautiva, embelesa, absorbe a Nuri.

No muy lejos de ellos, Rosaura habla con Inés. Es una charla íntima, recogida; apenas si se oye más que un leve bisbiseo, unos chasquiditos callados, el diamante que rasga el cristal al modular las eses.

Una voz rompe el encanto:

—¡Niños, a cenar...! —Y la silueta de doña Concha ensombrece un instante la luz de la ventana.

Transcurre la cena en melancólico silencio. Las chicas comen poco, se aburren; Nuri y Rosaura se miran de vez en vez, recelosas, envidiadas, con encono infantil. Ambas, sin confesárselo, saben que el mancebo las galantea por igual. ¿Quién de las dos triunfará en el corazón del mozo...? ¿Estaría enamorado de alguna, de ambas a la par, o serían ellas, en la inconsciencia de un juego placentero, quienes se habían enamorado...?

Las dos mariposas pensaban al unísono sobre Victorio, y las dos le observaban de reojo, queriendo descubrir el secreto de su corazón, mientras él hablaba displicente de sus estudios, de sus viajes, de su marcha al día siguiente...

V

Victorio está en su cuarto. Sobre la mesa, la lámpara de pantalla verde esparce un círculo de luz áurea. Una verdosa claridad llega al techo, se quiebra en los cuadros que penden de las paredes, se mira como en un espejo en el cristal del reloj de péndulo, fulgura en el barniz de los muebles y se pierde en los ángulos imprecisos, difuminados, de la habitación.

Se sienta a la mesa. Escribe un nombre, tacha lo escrito; escribe otro, vuelve a tachar. La calma de fuera contrasta con su espíritu vacilante, desasosegado. Trata de formular una epístola de amor. ¿Para Nuri...? ¿Para Rosaura...?

En esta lucha, se decide a escribir una carta sin dirección, sin nombre alguno al frente. ¡Será para quien sea; para una de ellas!

Como una aparición, asoma Inés tras el tapiz de terciopelo que cuelga en la puerta. Su hermano vuelve la cabeza sorprendido y trata de ocultar lo escrito.

— ¡Haces muy mal, Victorio; haces muy mal en lo que estás haciendo...! ¡Lo sé todo!

Es tan dulce, de tau mansa reconversión, el reproche de la criatura, que su hermano, confeso y convicto, baja la cabeza, sin saber disculparse.

— ¡Has enamorado a las dos muchachas; has sembrado discordias e inquietudes en esos dos corazones...! Por deber de hospitalidad, por respeto a la inocencia, no has debido jugar con Nuri y con Rosaura al mismo tiempo; porque tú, óyelo bien, no estás enamorado de ninguna.

— ¡No, eso no, Inés! No he querido jugar con esas niñas. He obrado a impulsos de mi propia alma, esclavizada, hechizada por ellas. Y un recóndito sentimiento de ternura, de cariño, me arrastra por igual hacia las dos.

— ¡Sí; pero habrás de decidirte por una...!

— ¡Por una, es claro; pero no sé por cual...! ¡Y tú debes iluminarme...!

La niña, tras una serie de baldíos

razonamientos, convencida de que su hermano no cederá, pregunta:

— ¿A cuál escribías...?

— ¡A las dos y a ninguna: mira...!

El plieguecillo tiembla en las manos de la chica. Cuando acaba su lectura, como queda meditativa, Victorio dice:

— ¡Explícate...! ¿Cuál me quiere más...? ¡Tú lo sabes...!

— ¡Ninguna...!

— ¡No...! Me engañas. Quieres interponer tu piedad infinita para hacerme desistir y que las dos queden iguales; ¡pero mi corazón no puede resignarse! ¡Ayúdame, Inés, ayúdame!

Son tan sinceras, salen tan hondas las súplicas del mancebo, que la niña vacila, duda, y, en un supremo instante, sus sentimientos cambian, llama imperiosa la voz de la sangre, se impone en su corazón el triunfo del hermano, y exclama decidida:

— ¡Bueno; te ayudaré...! ¡Trae esa carta...!

— ¿Para quién...?

— ¡Para una cualquiera...! No quieras saberlo.

Se guarda la cartita en el seno tibio, sobre el pecho, que late desenfadado, y sale, dejando tras sí un suave perfume de primavera. Y deja también en el alma de su hermano el misterio, la duda, la dulce pena ante el amor desconocido, incierto, que le deparará el azar; esa ansiedad infinita en que navega el alma cuando la campanita del corazón repiquetea locamente al recuerdo de unos ojos que nos bañaron en luz inextinguible...

VI

Rodó el túlburi camino adelante, guiado por Victorio que toma las riendas de manos del criado.

En corro, junto al jardín, queda la familia, la servidumbre, las trémulas virgencitas, en tanto que el cochecillo desaparece. Rosaura y Nuri se miran melancólicas. Sus abatidos gestos dicen que ninguna triunfó. ¡Oh, el amor que huye...!

Inés las observa. Cuando la familia

se retira, las tres niñas se adentran en el jardín.

Hay una mudez sepulcral, honda, lamentablemente triste, entre estas princesitas de ensueño. ¡Oh, cantarina risas, cristalina locuacidad, bullidora inquietud, travesura graciosa...! ¿Dónde habéis huído...?

De pronto, se rasga el silencio con un sollozo estallante de Rosaura. Y como Nuri se ha perdido entre los naranjos, la acorre Inés y la refugia en sus brazos. Y ya, conmovida ante aquel dolor, orgullosa del predominio de su hermano, sonríe triunfante, se presiente ángel de redención, y se lleva al pecho la temblorosa mano. Pero la intención, que pasa desapercibida para la cuitada, se paraliza de pronto al columbrar la silueta de tía Paquita, que asoma por el cenador. Rosaura, advertida por Inés, funde sus lágrimas en el pañuelo, y las dos se oculutan en la enramada.

¡Oh, sorpresa! Allí está Nuri, solitaria, abatida, los brazos apoyados en un tronco, el rostro oculto entre las manos, llorando también con amarga desolación. Y entonces las dos rivales — ante la íntima complacencia de Inés, — en alianza por el mismo dolor, depuestas de un caritativo segundo de humildad recíproca sus leves rencillas se confunden en un abrazo tierno, cordial, estrecho...

Después... Después, nada. Inés decide confirmar a su hermano una imaginaria negativa. Y oculta en la cañada que bordea el río, parte poquito a poco, en mil pedazos, la carta^a de Victorio.

Los trocitos vuelan en el aire, caen revoloteando en la corriente, salpican el tapiz verde de la hierba. El agua canta lamentosamente, arrastrando la cadavérica cabalgata de palabras amorosas — que pudieron juntar en feliz y dichoso lazo dos almas, que pudieron ser dúctil broche de dos espíritus — escritas en los pedacitos de papel, blancos e inconsútiles, como las hojas primerizas, como las flores de Abril...

José de Lucas Acevedo

EL BUEN CADI

Al desembocar en el zoco, le sorprendió estridente griterío. Un grupo numeroso vociferaba ante el bazar de Alí, el mercader más rico de Djedhad. Recatándose, para no ser conocido, avanzó, ganoso de saber la causa del tumulto.

No era la vez primera que el cadí Mansur se disfrazaba. Hacíalo con frecuencia, recorriendo la ciudad, nuevo Harúm-al-Raschid, para conocer las costumbres, las inclinaciones, los vicios de los que, como demandantes o como demandados, habían de comparecer ante su presencia en busca de justicia. Gracias a este procedimiento, pudo dictar fallos admirables, que le valieron merecida fama de buen juez. Y he aquí que de nuevo la suerte deparábale ocasión de favorecer la causa de la verdad, conociendo en sus orígenes un asunto que horas más tarde resolvería solemnemente en el patio de la mezquita.

Aproximóse al grupo vocinglero y escuchó a unos y otros.

—Es la razón del mercader—decía un arnaute.

—Los mercaderes nunca tienen razón—protestaba un beduíno.—Harto estrujan ellos al cliente con sus trampas, para que nos pongamos de su parte en los casos dudosos.

A fuerza de codazos y empellones, pudo aproximarse a la puerta del bazar de Alí, donde amontonábanse con profusión sacos de arroz y azúcar de la India, gomas y café del Yemen, marfil y oro de Abisinia, trigos de Egipto, tapices de Basorn, sedas y brocados de China. El propio Alí, cruzado de brazos, sonriendo desdeñosamente, discutía con un hombre de aspecto miserable.

—Es inútil que te empeñes—exclamaba Alí.—Nada he de darte. Sería pagar dos veces lo que ya te has encargado de cobrar una.

—¡Te juro que no!—aseveraba el menesteroso.—Hallé la bolsa tal y como ha llegado a tus manos.—¿Es culpa mía si otro extrajo de ella los 50 *zeques*?

—No será tuya la culpa—repuso Alí,—pero tampoco es mía, y no es justo que sea yo quien pierda.

—Reconoce que mi honradez está probada, puesto que te entrego 200 *zeqútes*, con los que pude haberme quedado.

—Honradez relativa, si te guardas 50 contra mi voluntad.

—¡Insistir en eso es una infamia!—gritó el miserable.

—Ve lo que dices. Tengo mi crédito bastante asegurado para que puedan asustarme tus bravatas. Fácil me sería denunciarte al cadí para que te castigase. Gran bondad es la mía al no hacerlo.

—¡Hazlo en buen hora! Si el cadí es tan justo como dicen, no ha de dejar tu felonía impune.

El mercader se encogió de hombros.

—Me compadezco de ti—dijo.—¿Quieres dos *zeqútes* y me dejas en paz?

Pero el otro, creciéndose ante la aparente magnanimidad de su contrario, insistió:

—¡No quiero tus *zeqútes*! Quiero que el cadí resuelva. ¿No me amenazas con llevarme a él? Pues vamos, aunque haya de condenarme a muerte.

Mansur estaba ya en primera fila.

—Sólo Alah es dueño del último instante—exclamó.—El cadí no puede condenarte a muerte por causa tan mezquina como la que, por lo visto, ventiláis. Ya es indicio que te favorece tu deseo de comparecer ante el cadí. No teme la justicia quien lleva la razón a su lado.

—Buen padre—dijo el mercader, desdeñoso,—por respeto a tus canas, admito que tercies en un asunto que para nada te incumbe. No quiero dejarme despojar por este bribonzuelo: esto es todo. ¿Crees que mi sola palabra, sin la intervención del cadí, no basta para convencer a cualquiera?

—No creo que baste tu palabra. La justicia no tiene dos pesos ni dos medidas. Mansur ostenta mercedamente el nombre de buen cadí. Si la razón te asiste, sabrá dártela. Id mañana a su presencia y recitad esta noche el

fatah por el Profeta en solicitud de un acertado fallo.

Por la mañana, el mercader y su contrincante concurren al patio de la mezquita donde Mansur tenía establecida su sala de audiencia. Alí, sonriente, paseaba exhibiendo su lujosa indumentaria: sobre la túnica de seda, sujeta a la cintura por una faja de cachemir, cubríase con amplio *cafián* de paño finísimo, y se tocaba con un gorro bordado, alrededor del cual liábase el turbante, de blanca muselina. Su competidor, humilde, desharrapado, no se movía de un rincón. A una señal del cadí, aproximáronse los contendientes.

—En el nombre de Dios clemente y misericordioso—dijo Mansur.—Haced historia del caso que ante mí os congrega. Habla tú, Alí.

—Escucho y obedezco. Días atrás, perdí mi bolsa. Ganoso de recuperarla, hice vocear al pregonero su extravío, ofreciendo 50 *zeqútes* al que me la entregase incólume. Ayer se me presentó este individuo con la bolsa, de la que había extraído previamente 50 *zeqútes*, y con la pretensión de que yo le entregase otros tantos. Como esto no era justo, me negué. Di tú ahora, ilustre cadí, si no hice bien oponiéndome a ello.

—Oigamos a la otra parte—dijo Mansur.

—En el nombre de Dios, que es el sofo grande, afirmo que el mercader no dice verdad. La bolsa no contenía más que 200 *zeqútes*, que son los que yo entregué, pensando ganarme honradamente los 50 ofrecidos. Para ahorrarse el hallazgo, dijo luego que eran 250 los que encerraba la bolsa. Prueba de que esto era falso, que el pregonero recorrió todo Djeddah diciendo que la bolsa extraviada contenía 200 *zeqútes*.

Se hizo comparecer al pregonero.

—¿Es cierto que tú anunciaste la pérdida de una bolsa con 200 *zeqútes*?

—Cierto.

—¿Por qué hablabas de esta cantidad y no de otra?

—Porque el dueño de la bolsa me lo encargó así. Nadie mejor que él pudiera saberlo.

—¿Oyes esto, Alí el mercader? ¿Cómo, siendo 250 los *zeqúes*, encargaste que anunciase 200?

Alí no se inmutó lo más mínimo.

—Excelso servidor de Alah, un error cualquiera lo tiene. Por error, y no por otro motivo, cambié la cantidad.

Mansur reflexionó unos instantes.

—De modo, Alí, que tu bolsa contenía 250 *zeqúes* de oro, ¿no es verdad?

—Exacto, ilustre cadí.

—Y la que tú hallaste, buen hombre, ¿sólo encerraba 200?

—Así es, señor.

—Perfectamente. Alí, devuélve a este hombre esa bolsa, que no es la tuya. Y tú, buen hombre, guárdate los 200 *zeqúes* que Alí te entrega. Y cuando encuentres otra bolsa con 250 *zeqúes*, apresúrate a llevársela al mercader Alí, seguro de que no te regateará el hallazgo.

* * *

Cumplida la sentencia, marchóse Alí refunfuñando, mientras el otro aguardaba a la puerta de la mezquita la salida de Mansur.

—Señor—dijo al verle.—Debo protestar de tu fallo. La bolsa era de Alí.

—Lo sé. Pero sé también que su ambición es tanta, que trataba de usurparte lo que era tuyo. El que aloja la avaricia en su corazón, lleva consigo al enemigo de los hombres, y ¡ay del que acoge a Satanás en su compañía! Sírvale este despojo de castigo, y a ti de premio por tu honrado proceder.

El vencedor de Alí arrodillóse ante Mansur y le besó la mano.

Augusto González Olmedilla

DE UN PACIFICO A UN BELICOSO

Dices que no te acomodas con el «Ande yo caliente», ni el «¿A dónde

vas, Vicente?», ni el «Ahí me las den todas»; que tú no sigues las modas del último figurín, como los demás, y, en fin, que no hallas bien un patrón cortado con sujeción a la fórmula «¡A mí, *plin!*!»

Que te parece muy mal mi actitud, y encuentras feo que, ante el conflicto europeo, me inhiba; o, lo que es igual, que no quieres ser neutral y sí la beligerancia, ya con Inglaterra, Francia, Bélgica, el Japón y Rusia, ya con Austria-Hungría y Prusia... Tal me dices, en sustancia.

¿Que no quieres ser neutral? Pues, hombre, agarra un fusil y anda a la guerra con mil de a caballo... Si tan mal te va en tu país natal, puedes irte a tierra extraña y allí ponerte en campaña del lado de unos u otros. Más déjanos a nosotros vivir en paz...

¿Quieres ser beligerante? Pues no pierdas la ocasión. Móntate en el tren, cual Don Quijote en su *Rocinante*, y a lo caballero andante sal de aventuras en pos para combatir con los molinos que encontrarás... Pero deja a los demás en paz y en gracia de Dios.

¿Te llevan tus aficiones a los campos de batalla, donde ruge la metralla que vomitan los cañones? Pues muy pocas ocasiones hallarás, cual la presente, para probar a la gente que no eres ningún cobarde, cual yo, y para hacer alarde de que eres todo un valiente.

Más me extraña (cuando sé que pasas la pena negra con tu mujer y tu suegra, porque ambas te zurran) que pretendas ser hombre de bríos, vigor y energía; pues mucho mejor sería, me parece, que en tu hogar no te dejases pegar con la mayor sangre fría...

No creo, en resolución, que protestes «de verdad» contra la neutralidad que guarda nuestra nación. Yo leo en tu corazón (y ahora el mío se alegra, porque te lo va a decir) que lo que quieres es huir de tu mujer y tu suegra, pues pasas la pena negra... Lárgate, pues, ¡y a vivir...!

Carlos Miranda

MESA REVUELTA

Reglas de Tolstoi

A los diez y siete años, León Tolstoi se trazaba esta línea de conducta:

1º—Haz, cueste lo que cueste, lo que en absoluto has decidido hacer.

2º—Lo que hagas, hazlo bien.

3º—No busques jamás en el libro lo que has olvidado: trata de recordarlo.

4º—Obliga diariamente a tu espíritu a obrar con todas las fuerzas de que es capaz.

5º—Lee y piensa todos los días en voz alta.

6º—No tengas jamás vergüenza; a los hombres que te molestan, díselo así; primero, déjale su manera de sentir, y si no te comprenden, excúsate y díselo tú.

Miscelánea de curiosidades

El oxígeno constituye una tercera parte de la tierra firme, nueve décimas partes del agua y una quinta parte de la atmósfera, y es la más abundante de todas las substancias.

—Las personas marcan cada día del mes con un nombre diferente.

—El Colegio Nacional del Rosario se inauguró el 28 de febrero de 1875.

—Los ingenieros oficiales de Java han construído recientemente un puente de más de 30 metros de largo sin emplear más material que el bambú. Hasta el piso del puente es de bambú, cubierto con una capa de tierra. El arco mayor tiene 20 metros de luz.

—De dos toneladas de esparto se obtiene una de papel blanco para imprenta.

—En 1680, los célebres piratas de las Antillas Morgan, Cook y Macket, Charps y Warlen, con una escuadra de doce bergantines armados en guerra, atacaron los puertos de Chile y del Perú e incendiaron algunos.

—El arte de la fotografía no se practica libremente en todas partes;

en Rusia, para ejercerla, se precisa permiso especial; en París también se necesita permiso para sacar fotografías del Luxemburgo; los facilita el Senado.

—La invención del papel se atribuye a Tsai-Sun, ministro de Agricultura de China en el año 123 antes de Jesucristo.

—Cristóbal Colón fué el primer importador de maíz a Europa.

—Cada año mueren de tuberculosis en Europa, por término medio, un millón de individuos; en el mundo, tres millones.

—Por decreto del 30 de diciembre de 1814, el Gobierno argentino prohibió los desaffios, bajo pena de muerte.

—El Banco más grande del mundo es el de Inglaterra.

El divorcio en Inglaterra

La ley de divorcio se promulgó en 1857. Dicha ley no sólo autoriza la ruptura del vínculo, sino que sustrae a los tribunales eclesiásticos el conocimiento de estos asuntos, como se había hecho en tiempos de Luis XIII. La mujer divorciada vuelve a adquirir la capacidad de toda mujer mayor de edad que se haya casado; pero si hubo adulterio pierde sus derechos.

Las piezas que ha cazado el Kaiser

El Emperador de Alemania ha dispuesto que sus trofeos de caza figuren en adelante en las Exposiciones cinegéticas que anualmente se celebran en Berlín.

Con tal motivo, el *Berliner Tageblatt* afirma en redondo que el Monarca bate el *record* entre los cazadores contemporáneos por la cantidad de piezas que lleva cobradas.

En los últimos veinte años solamente, más de 70,000 animales han tenido el honor de morir a manos del Kaiser.

Dos mil ciervos, 1,774 gamos, 3,440 jabalíes y 955 corzos han hecho el sacrificio de sus vidas ante la puntería de S. M. L., que ha despenado además seis bisontes, tres renos, tres osos y una ballena que tuvo la inoportunidad de cruzarse con él en una excursión que hizo por las costas de Noruega.

Agreguemos a estas piezas de mayor cuantía la siguiente morralla: 532 zorros, una marta, seis tejones, 17,988 liebres, 2,636 conejos, 867 perdices, 87 patos salvajes, 826 alcaravanes, 5 chochas, 108 gallos y 38,000 faisanes.

Velocidad de algunos animales

Entre los animales más tardíos en su marcha figura el caracol. De hecho no anda más de 30 a 45 centímetros por hora; pero esto se debe a que se detiene a cada momento para reposar; sin esta circunstancia, su marcha por hora variaría entre un metro y medio y dos.

En cambio, entre los movimientos más rápidos figura el de la ballena cuando se siente herida por un harpón; entonces se hunde en el agua con una velocidad de 500 metros por segundo.

Ciertos animales, de diferentes tamaños, son capaces de una velocidad inicial enorme, que, sin embargo, no pueden luego conservar. Así, el perro *borzoi* ruso puede arrancar con una velocidad de 18 a 20 metros por segundo; pero de hecho no hace sino de 10 a 20 kilómetros por hora.

Mucho más maravillosa es la velocidad inicial de la pulga en su salto; 275 metros en un segundo. Si pudiera conservarla recorrería por minuto 16 kilómetros, lo que no puede soñar el más arriesgado automovilista.

Los aeroplanos y los tesoros del mar

El aeroplano ha llegado a ser algo más que un arma de guerra y un aparato de *sport*. La Liverpool Salvage Association lo aplica actualmente a extraer del mar buques y cargamentos

preciosos. Merced a un biplano tipo «Short tractor», tripulado por el piloto Mr. E. K. Meecelean y el fotógrafo Mr. F. B. Fowler, ha conseguido Mr. Freed W. Young, uno de los capitanes más expertos de la compañía citada, recuperar 750.000 libras esterlinas en oro, plata y marfil que conducía el vapor *Oceana*, naufragado en colisión con un velero alemán a siete millas y media frente al puerto de Eastbourne (Inglaterra).

CHISTES

Ante el tribunal

El presidente a la testigo.

— ¿Qué edad tiene usted, señora?

— He visto veintiocho primaveras.

— ¿Sí? Pues entonces, ¿cuántos años hace que está usted ciega?

Juventud relativa

Qué edad tenía usted cuando se casó, marqués?

— No lo recuerdo exactamente; pero cabe asegurar que no había llegado a la edad de la razón.

¡No es caro!

— ¿Conque por fin te has hecho actor?

— Sí, señor.

— ¡Cuánto te habrá costado quitarte el bigote!

— No lo crea usted. Treinta céntimos nada más.

La verdad en escena

Un actor de una compañía de la legua exige al empresario que en una escena en que ha de comer le den alimentos y bebidas de verdad.

— Perfectamente—dice el empresario;—celebro ese rasgo de realismo; pero le advierto que la semana que viene va a representarse *La muerte civil* y que se le servirá a usted estriñina legítima.